



# La reina del desierto

*La historia de la mujer más  
poderosa del Imperio Británico.*

Janet Wallach

Siempre estuvo rodeada de hombres ricos y poderosos. Diplomáticos, políticos y jeques se convirtieron en sus amantes y mentores, pero ninguno de ellos supo domesticar su espíritu aventurero y sus ansias de saber. Hija de una de las mejores familias de la alta burguesía británica, Gertrude Bell rechazó desde muy joven las normas que se suponían adecuadas para una señorita de su clase y condición. En 1886 ingresó en la Universidad de Oxford para luego iniciar un periplo vital que la llevaría a tierras de Oriente, donde consiguió ganarse la confianza de los altos mandatarios de aquellos países. Así fue como al declararse la I Guerra Mundial, Gertrude trabajó para el Servicio de Inteligencia Británico y se convirtió en una pieza clave de las estrategias urdidas por Lawrence de Arabia. Grácil y coqueta, sus penetrantes ojos verdes seducían e intimidaban a la vez: mujer en un mundo de hombres, La reina del desierto usó sus mejores armas para convertirse en uno de los personajes más poderosos del Imperio Británico.

A John, David y Michael,  
que me rodean con cariño

## **Agradecimientos**

**C**UANDO, hace más de veinte años, leí un libro de Gertrude Bell sobre Oriente Próximo, el valor de esta intrépida victoriana hizo que su figura se me grabara en la mente. Me disponía a visitar por vez primera esos parajes que Gertrude había recorrido, sola, a principios de siglo, y el interés que en mí habían despertado las descripciones que ella hacía de sus viajes venció todos mis temores. Gertrude Bell, rodeada de hombres árabes que apenas sabían unas palabras de inglés, se había internado en regiones peligrosas, montada a caballo o en camello, durmiendo en tiendas de campaña y exponiéndose a ser asaltada o incluso asesinada. Dejé el libro en el estante, pero el espíritu de esa mujer valiente no me abandonó.

Tuvo que transcurrir mucho tiempo para que, en el año 1991, con motivo de la Guerra del Golfo, comenzaran a aparecer en diarios, revistas y libros referencias a la persona de Gertrude Bell. Al leer su nombre recordé su libro y mi admiración por ella, y cuando me enteré de lo importante que había sido para la formación del moderno Oriente Próximo, y del papel crucial que desempeñó de cara a Irak, decidí que sería el personaje ideal para escribir una biografía, pero no imaginaba que iba a resultar un tema tan maravilloso.

Gertrude Bell era consciente de la importancia de sus escritos y a menudo recordaba a sus padres que sus cartas constituían un testimonio histórico. Miles de cartas y anotaciones de su diario personal se hallan guardadas en la

Robinson Library de la Universidad de Newcastle, donde realicé gran parte de mi investigación. He tratado de mantenerme tan fiel como me ha sido posible a esos documentos, y los diálogos y conversaciones que aparecen en *La reina del desierto* están sacados de ese material o bien de la correspondencia y las Memorias de los familiares, amigos y colegas de Gertrude Bell. Los cambios realizados en las grafías, en especial en la de los nombres árabes, obedecen al deseo de unificar la obra y de hacer más fácil su lectura.

Una de las ventajas de escribir sobre Gertrude Bell fue la posibilidad de rehacer los itinerarios que ella recorrió. Estuve en el desierto con los beduinos, conversé con arqueólogos, diplomáticos, escritores e historiadores en Inglaterra, El Cairo, Damasco, Jerusalén, Ammán y en Bagdad, la ciudad más misteriosa de todas. Conversé con decenas de personas que habían oído hablar de Gertrude Bell por boca de parientes y amigos, y con más de una decena de personas que la habían conocido personalmente (una de ellas aseguraba haber sido su amante). Algunas recordaban su voz autoritaria, su mirada severa y sus atuendos suntuosos. Otras me ayudaron a captar el espíritu de esas tierras, la actitud de los árabes, la postura de los británicos, la importancia de las tribus, el impacto del petróleo, el papel de la India. Les agradezco a todos que fueran tan generosos al dedicarme su tiempo, sus recuerdos y conocimientos.

No habría podido ir a Bagdad sin la influyente ayuda de los embajadores Nizar Hamdun y Sadun Zubaidi. El vizir arqueólogo Bahnam Abu al Suf, así como Mohammed Gani Hikmat, Abdul Razaq al Hassani, Muayad Sayid Damedvji, Esmán Gailani, Yusif al Gailani y Amin al Mummayiz Ali Salah me dieron valiosas informaciones sobre la cultura y la historia iraquíes.

En Ammán tuve la suerte de conocer al príncipe Raad, Suleiman Mussa, Talal al Patchachi, Abdul Aziz el Dhouri y

a Qais al Askari, quienes tenían una comprensión muy certera de lo que eran la monarquía y las tribus. Mi amigo Marwan Murwasha se mostró, como siempre, muy generoso. En El Cairo, Leila Mausur me ayudó a encontrar viejas fotografías. En Jerusalén, Val Vester no sólo recordaba a su «tía Gertrude», sino a Hugh Bell, Florence Bell y Valentine Dommul Chirol. Amatzia Baram, de la Universidad de Haifa, es una profesora entusiasta que examinó sin desanimarse cientos de páginas de manuscritos y compartió de buen grado conmigo sus vastos conocimientos.

En Londres, Roger Hardy de la BBC, Lamy Gailani, Renee Kabir, Nazha Akraui, Salma Sati el Husari y Naha Rahdi constituyeron una ayuda inestimable al reconstruir para mí la vida de Bagdad. Agradezco a Caroline Barón que me permitiera estudiar los papeles de su abuelo David Hogart, y deseo expresar mi gratitud a lady Plowden y a los fiduciarios de los documentos de la familia Trevelyan, en el St. Anthony College de Oxford. En Newcastle, Lesley Gordon me ayudó a estudiar los documentos Bell en la Special Collection de la Robinson Library de la universidad; Jim Crow me prestó su ayuda para escudriñar las seis mil fotografías tomadas por Gertrude Bell. Lynn Ritchie me dio excelentes consejos y Robin Gard me orientó amablemente en el recorrido de Newcastle. Jane Hogan me prestó su colaboración en la Palace Green Section de la biblioteca de la Universidad de Durham. En el Oriental Institute de Oxford, Jeremy Johns respondió cantidad de preguntas sobre arqueología y otros temas. Sally Chilton me relató fascinantes recuerdos de su padre, Philip Graves.

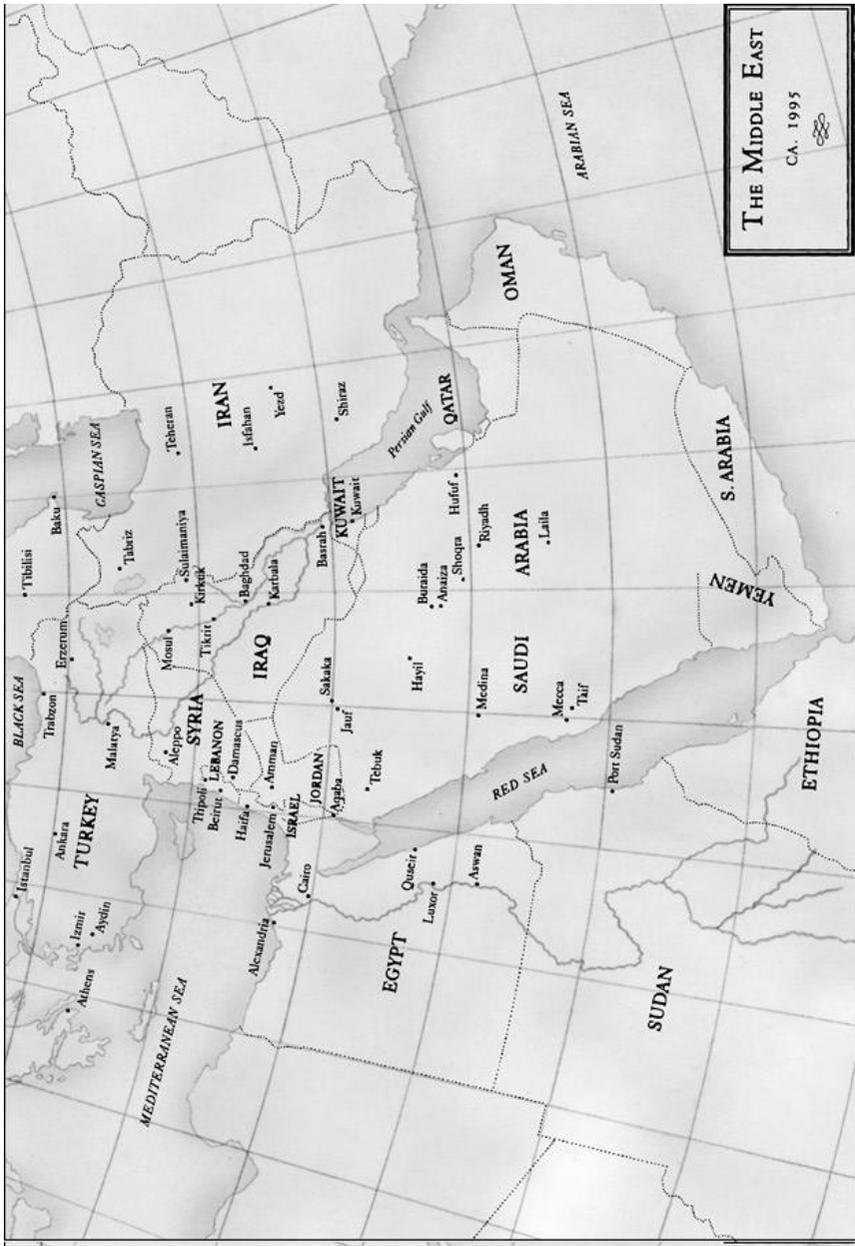
Deseo darle las gracias a Selma Rahdi, de Nueva York, por su ayuda en materia de arqueología, y también a Linda Fritzinger, un alma gemela y especialista en Valentine Chirol. En Boston, Suhair Raad al Mummayiz me ayudó a encontrar personas a quienes entrevistar. En Washington D. C., Christine Rourke y Betsy Folkins, del Middle East Institute, se mostraron siempre dispuestas a buscar recóndi-

tos hechos y obras; Nancy Woods realizó un estudio maravilloso sobre montañismo. Edmond Ghareeb y Nameer Jawdat fueron unos lectores y maestros muy pacientes. Mi profundo agradecimiento a Simón Serfaty, un buen amigo y sabio consejero; Guida Askari me animó mucho y me relató gráficas historias de su abuelo. Tamara Weisberg siempre se mostró dispuesta a escucharme; Sue Glaser me aportó sus conocimientos de psicóloga sobre la infancia; Amos Perlmutter me dio expresivos informes sobre conocidos personajes de la vida británica; y Geoffrey Kemp me ayudó a comprender el papel de la India y del petróleo. Tanto Christine Helms como Clovis Maksud me descubrieron inestimables fuentes de información. Tania Hanna fue una ayudante de investigación laboriosa y eficiente.

Ron Goldfarb y Linda Michaels, mis agentes literarios, desde el principio creyeron en mí con entusiasmo. Agradezco a Jesse Cohén la paciencia que mostró con los infinitos detalles. Mi gratitud a Nan Tálese por haberme animado e inspirado y por haber supervisado todo el proyecto. Por encima de todo, doy las gracias a mi marido, John, sin cuya comprensión y cuyo amor no hubiera podido escribir este libro.

Janet Wallach  
NUEVA YORK, FEBRERO DE 1996





## Prólogo

**E**STUVO siempre rodeada de hombres: hombres ricos, hombres poderosos, diplomáticos, jeques, amantes y mentores. Para hacerse una idea de cómo era, basta con pensar en una mujer victoriana vestida a la moda de la época, pelirroja, de porte erguido, ojos verdes y penetrantes, nariz larga y afilada; una figura frágil, y, ya fuera en Londres, El Cairo, Bagdad o el desierto, siempre el centro de un círculo masculino. Resultaba pues del todo natural que, en la lluviosa tarde del 4 de abril de 1927, los que se reunieran en la Real Sociedad Geográfica de Londres para rendirle tributo, casi un año después de su muerte, fueran hombres en su mayoría. Con sus fracs y corbatas blancas, sus medallas y condecoraciones colgadas del pecho, resplandecían al recorrer los salones recordando sus expediciones y las de Gertrude.

«Gertrude Bell», «Gertrude Bell», el nombre flotaba por toda la estancia. Los hombres coincidían en que, durante los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, había sido la mujer más poderosa del Imperio británico<sup>[1]</sup>. Corrían rumores de que había sido «la Reina sin corona de Irak». Se murmuraba que fue «el cerebro oculto de Lawrence de Arabia», y unos cuantos enterados sugerían que «había marcado los límites del desierto para Winston Churchill».

Algunos decían que había sido arrogante, autoritaria y de una ambición sin escrúpulos, pero otros afirmaban que su corazón se derretía ante un niño o una flor, y que lo que más desesperadamente había deseado, más que ninguna

otra cosa, era ser esposa y madre. Sabían que en una ocasión se había prometido en matrimonio y que luego había tenido una relación amorosa difícil, pero se preguntaban por qué nunca se había casado.

Algunos hombres reconocían que, con la creación del moderno estado de Irak, había conseguido poco menos que un milagro, aunque muchos se quejaban de que había cedido a los caprichos de los árabes, causando con ello un sinnúmero de gastos y problemas a los británicos. Había incluso quienes creían que esa inglesa desbordante de vida se había enamorado de Faisal, el melancólico príncipe árabe, y que había perdido la cabeza como una colegiala; pero nadie negaba sus logros: fue la primera mujer que se licenció en historia moderna en Oxford; escribió siete libros altamente aclamados, montones de artículos para publicaciones de distinta índole, desde revistas académicas hasta *The Times*, y un libro blanco que el gobierno británico calificó de «obra maestra». Fue la única mujer que consiguió el grado de agente político durante la Gran Guerra y la única que, tras la contienda, recibió el importantísimo nombramiento de secretaria para asuntos en Oriente; recibió la medalla de oro de la Real Sociedad Geográfica; fue designada directora honoraria del Museo Arqueológico de Bagdad y condecorada con la Orden del Imperio británico.

Los socios de la Real Sociedad Geográfica rememorarón la vida de la homenajeadada antes de la Gran Guerra: una inglesa solitaria en el mundo musulmán y masculino de Oriente Próximo, una autora famosa que escribía sobre los árabes, una arqueóloga reconocida, una viajera infatigable que cenaba con vajillas de porcelana y cristal, se vestía con ropas caras, montaba a caballo y en camello, y penetraba en las zonas peligrosas del desierto de Arabia. Habían oído decir que era una espía y que, durante la Primera Guerra Mundial, se infiltró en las filas enemigas a fin de conseguir información para los británicos. Recordaban

cómo había descrito Vita Sackville-West su «incontenible vitalidad» y su «capacidad para hacer que, de pronto, todo el mundo se sintiera ilusionado; para hacer sentir a la gente que la vida era algo pleno, precioso y apasionante». Y sin embargo, en 1926, en el transcurso de esa misma visita a Irak, Vita había reparado en lo débil y enferma que parecía su amiga. La vida de Gertrude Bell llegaría trágicamente a su fin tan sólo unos meses más tarde, dos días antes de cumplir los cincuenta y ocho años.

Durante aquella reunión en su honor, su padre se dirigió a la distinguida concurrencia. Sir Hugh, que tenía más de ochenta años, confirmó los vínculos tan estrechos, ya por muchos conocidos, que lo habían unido a su hija. «Creo –dijo– que nunca han existido un padre y una hija con una relación tan íntima como la que hubo entre nosotros.» Pero fue el mentor de Gertrude, David Hogarth, XXI presidente de la Real Sociedad Geográfica, quien habló esa noche de la aventura árabe de Gertrude, que «[T. E.] Lawrence, basándose en los informes [de ella], aprovechó ampliamente durante las campañas árabes de 1917 y 1918». Ese viaje por el desierto fue tan sólo uno de los muchos hitos que marcaron la travesía vital de nuestra heroína.

## **PRIMERA PARTE**

### ***Una victoriana***

## CAPÍTULO UNO

### *De ilustre y prominente linaje*

**L**AS PERSONAS de valía, como los grandes imperios, dejan su huella en la historia. El mayor imperio de todos los tiempos, el que abarcó mayor extensión de tierras y mares y mayor cantidad de gente, fue el Imperio británico de la reina Victoria. Esta superpotencia dejó su impronta en los cinco continentes, de Europa a Australia, en la India, en América, en África y Asia, de Adelaida a Wellington, de Bombay a Rangún, de Ottawa a las Islas Vírgenes, de Alejandría a Zanzíbar, de Adén a Singapur. La escuadra británica dominaba los mares, el carbón británico movía barcos e industrias, los banqueros británicos financiaban los negocios, los mercaderes británicos controlaban el comercio, los alimentos británicos nutrían y las fábricas británicas vestían a una cuarta parte de todos los seres humanos que vivían, trabajaban y se divertían en todos los rincones del mundo.

Nada ilustra mejor la preeminencia de Gran Bretaña en aquel universo que la primera feria universal, la Gran Exposición de 1851, que se celebró en Londres. Junto con la reina Victoria (que la visitó cuarenta veces), medio millón de personas –empresarios, industriales, aristócratas terratenientes, diplomáticos, profesionales, comerciantes y trabajadores– acudieron a la apertura de la Gran Exposición de las Obras de la Industria de Todas las Naciones en el recién construido Crystal Palace en Hyde Park. Les siguieron otros seis millones, la mayoría llegados en ferrocarril,

que recorrieron los pasillos alfombrados, bajo las cúpulas de vidrio, y admiraron los productos de países tan próximos como Francia, Alemania, Italia y España, y tan lejanos como Rusia, Persia, Turquía y China. Contemplaron todos los productos imaginables y algunos inimaginables: tejidos, pieles sin curtir, telares mecánicos, joyas, porcelana, chocolate, café, té, alfombras, revólveres automáticos, prensas hidráulicas, sierras mecánicas, máquinas de moler trigo, prensas de cuarzo para troquelar oro, motores de vapor de alta presión, una montaña de veinticuatro toneladas de carbón y una máquina que enviaba mensajes por telégrafo. El príncipe Alberto, artífice de la exposición, señaló que el objetivo de la misma era mostrar los progresos de la humanidad e indicar sus futuras vías de desarrollo. Ninguna nación había progresado tanto como Gran Bretaña, pionera de la Revolución Industrial, «el taller del mundo». Sus ciudadanos tenían la renta per cápita más alta del mundo y sus trabajadores habían elaborado más de la mitad de los catorce mil artículos expuestos en el Crystal Palace. Además de los productos de sus colonias, los pabellones británicos mostraban algodón de Lancashire, recias lanas de Yorkshire, hilo de Escocia, herramientas cortantes y plata ornamental de Birmingham, vidrio y cubertería de Sheffield y maquinaria pesada de Northumbria.

En ningún lugar de Gran Bretaña se afanaban tanto los talleres como en Northumbria. En esta remota región del nordeste de Inglaterra, aún se ciernen nubes grises como fantasmas marchitos, recuerdos del humo negro de los hornos que un día enrareció el aire y oscureció el cielo. Northumbria. Su mismo nombre evoca ciudades lóbregas de aspecto siniestro, páramos desolados y mares oscuros. De sus plantas y fábricas salían barcos y vías férreas, y el suficiente hierro y acero para permitir a Gran Bretaña satisfacer el cuarenta por ciento de la demanda mundial. De su subsuelo se extraían grandes cantidades de sal, plomo, alumbre y mineral de hierro, y suficiente carbón para que